

GERARDO DIEGO, POETA CREACIONISTA

Gerardo Diego empezó a escribir versos de manera sistemática en febrero de 1918. España no participaba en la guerra mundial, pero en seguida iba a estallar dentro de sus fronteras una guerra literaria entre los partidarios de los *ismos* iniciales y los defensores de la tradición; lo curioso es que esa tradición contaba pocos años, porque sus adalides eran modernistas que ya no se acordaban de sus propios combates contra los últimos románticos y los costumbristas. Gerardo Diego se preparaba para opositar a cátedras de literatura, de modo que todos los días tomaba un contacto directo con los escritores que han ido formando la historia de la literatura. Sin embargo, a pesar de su aislamiento en Santander, donde la vida intelectual se detuvo en el costumbrismo, sintió un ansia renovadora que estaba en el ambiente europeo y que en España afloraba en Madrid y Sevilla. Así resulta que en ese mismo año escribió romances clásicos, pasados por el tamiz lírico de Juan Ramón Jiménez, y unos versos de intención transformadora de la realidad que encajarían en el ámbito ultraísta. De modo que aquel provinciano poeta de veintidós años fue ultraísta sin saberlo. Es de resaltar, por otro lado, el hecho de que entrase en la poesía por una doble puerta, tradicional y renovadora; no ha dejado hasta hoy de atender a esas dos direcciones que integran la única realidad poética.

Ese año de 1918 marca en la historia de la poesía española una señal muy significativa. Agotado el modernismo rubendariano, se buscaban nuevas fórmulas expresivas. Juan Ramón Jiménez acababa de sorprender a los lectores con la publicación de su *Diario de un poeta recién casado* (Madrid, 1917), en el que utilizaba el verso libre junto al poema en prosa; se asombraron los críticos, pero se consolidó el nombre del inmenso poeta: estaba abierto el camino. El paso siguiente fue doble, y se llamó ultraísmo y creacionismo. Es difícil asegurar cuál de estos dos movimientos se inició antes en España; la diferencia es de semanas, en cualquier caso, aunque el creacionismo llegó a nuestro país ya formado y reconocido en Hispanoamérica y en París. Recordemos su origen en pocas palabras, ya que Gerardo Diego fue ultraísta por algún

tiempo y sigue siendo creacionista. Quede advertido que a él le molestan esos sufijos en «ista», pero como están admitidos así en la historia de nuestra poesía última no queda más remedio que seguir utilizándolos; la verdad es que con ellos se entiende bien la participación en los movimientos renovadores de la época.

EL EJEMPLO DE HUIDOBRO

Entre julio y noviembre de 1918 estuvo en Madrid el poeta chileno Vicente Huidobro, y en esos meses publicó aquí nada menos que cuatro libros de versos en los que desarrollaba su teoría del creacionismo; esta teoría se puede resumir en dos versos del «Arte poética» que inaugura su libro *El espejo de agua* (publicado en Buenos Aires en 1916 y reeditado en Madrid en 1918): «Por qué cantáis la rosa, ¡oh, Poetas! / Hacedla florecer en el poema», lo que equivale a crear en vez de contar.

Por su parte, un grupo de jóvenes escritores alentados por el crítico Rafael Cansinos-Asséns dio a conocer en diciembre del mismo año «Ultra: un manifiesto de la juventud literaria», que pretendía ser una superación de las escuelas y abrirse a cualquier tendencia con tal que fuese inédita: «Nuestra literatura debe renovarse; debe lograr su *ultra* como hoy pretenden lograrlo nuestro pensamiento científico y político.»

El paso de Gerardo Diego por el ultraísmo fue breve, aunque dejó numerosos poemas, la mayor parte de los cuales se halla recogida en su libro *Evasión*, publicado completo en 1958, si bien el autor no lo considera independiente y forma la sección inicial de su primer gran libro creacionista, *Imagen* (1922). Los otros dos grandes títulos creacionistas son *Manual de espumas* (1924) y *Biografía incompleta* (1953, ampliado en su reedición de 1967, y continuado en la sección «Biografía continuada», que sigue abierta y creciendo). Para completar esta bibliografía creacionista hay que citar asimismo *Limbo* (1951), *Fábula de Equis y Zeda* y *Poemas adrede* (ambos de 1932). Todos estos libros aparecieron en un solo volumen con el título general de *Poesía de creación*, que es el único asequible hoy¹.

La crítica no se ha puesto de acuerdo para deslindar ultraísmo y creacionismo, e incluso algunos tratadistas consideran aproximados al superrealismo esos poemas. Empecemos por descartar esta suposición, ya que el superrealismo no es un movimiento, sino una escuela muy estricta, y ninguno de los poemas de Gerardo Diego cabe en sus clasificaciones. En tanto que André Breton recomendaba la escritura automá-

¹ GERARDO DIEGO: *Poesía de creación*, Barcelona, Seix Barral, 1974, 359 págs. Todas las citas se hacen por esta edición, indicando sólo la página correspondiente.

tica, Vicente Huidobro exigía que se escribiese en «estado de clarividencia», para crear la poesía con toda la fuerza de los sentidos en alerta. Si en algún caso ciertos poemas de Gerardo Diego se aproximan al irracionalismo, nunca traspasan la frontera de la espontaneidad total; pudo darse un contagio estético en determinados momentos, pero es tan escaso que no merece la pena tenerlo en cuenta.

En diciembre de 1921 el entonces joven poeta acudió a escuchar la conferencia que dictaba Huidobro en el Ateneo de Madrid; el chileno dijo en aquella ocasión: «El valor del lenguaje de la poesía está en razón directa de su alejamiento del lenguaje que se habla. Esto es lo que el vulgo no puede comprender, porque no quiere aceptar que un poeta trate de expresar sólo lo inexpresable. Lo otro queda para los vecinos de la ciudad. El lector corriente no se da cuenta de que el mundo rebasa fuera del valor de las palabras, que queda siempre un más allá de la vista humana, un campo inmenso lejos de las fórmulas del tráfico diario»². Esta teoría ya la había practicado Góngora en sus poemas cultos.

Poco después escribía Gerardo Diego «Primavera», el poema que abre *Manual de espumas*, en el que las imágenes poseen valor absoluto por sí mismas y van más allá de los conceptos:

*Violadores de rosas
Gozadores perpetuos del marfil de las cosas
Ya tenéis aquí el nido
que en la más bella grúa se os ha construido
Y desde él cantaréis todos
en las manos del viento (pág. 133).*

En su opinión, los poetas que seguían cantando a la rosa en los mismos términos con que lo hizo Calderón, por ejemplo, se hallaban desfasados debido a las modificaciones ocurridas en el mundo gracias a la revolución industrial, a los cambios sociales y económicos y a la variación de la sensibilidad. No hay nada eterno, ni la rosa ni el gusto; no es posible mantenerse perpetuamente en la admiración de los objetos tradicionales. El poeta no llega tan lejos como los futuristas, que postulaban la destrucción de las bibliotecas y los museos para rendir culto al maquinismo; es otra postura esteticista vana. El poeta creacionista escoge una grúa, la más bella, con lo cual une estética y maquinismo, y allí construye un nido para alojar a los poetas anticuados.

² VICENTE HUIDOBRO: *Poesía y prosa. Antología*. Con un poema de GERARDO DIEGO y un ensayo de ANTONIO DE UNDURRAGA, Madrid, Aguilar, 1967 (2.ª ed.), págs. 105 y s. Pueden consultarse los artículos de GERARDO DIEGO: «Necrología: Vicente Huidobro (1893-1948)», en *Revista de Indias*, números 33-34, Madrid, julio-diciembre 1948; «Vicente Huidobro», en *Atenea*, núms. 295-96, Santiago de Chile, enero-febrero 1950; «Poesía y creacionismo de Vicente Huidobro», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 122, Madrid, junio 1968.